

## EL TEMIDO ENEMIGO

Había una vez, en un reino muy lejano y perdido, un rey al que le gustaba mucho sentirse poderoso. Su deseo de poder no se satisfacía sólo con tenerlo. Él necesitaba además que todos le admiraran por ser poderoso. Así como a la madrastra de Blancanieves no le bastaba con verse bella, también él necesitaba mirarse en el espejo que le dijera lo poderoso que era. Él no tenía espejos mágicos, pero contaba con un montón de cortesanos y sirvientes a su alrededor a quienes preguntarle si él era el más poderoso del reino. Invariablemente todos le decían lo mismo:

- Alteza, eres muy poderoso, pero tú sabes que el mago tiene un poder que nadie posee. Él, él, conoce el futuro.

En aquel tiempo, alquimistas, filósofos, pensadores, religiosos y místicos eran llamados genéricamente magos. El rey estaba muy celoso del mago del reino, pues aquel no sólo tenía fama de ser un hombre bueno y generoso, sino que además el pueblo entero le amaba, le admiraba y festejaba que él existiera y viviera allí. No decían lo mismo del rey. Quizás por que necesitaba demostrar que él era quien mandaba, el rey no era justo, ni ecuaníme, ni mucho menos bondadoso. Un día, cansado de que la gente le contara lo poderoso y querido que era el mago, o motivado por esa mezcla de celos y temores que genera la envidia, el rey urdió un plan. Organizaría una gran fiesta a la cual invitaría al mago, y después de la cena pediría la atención de todos, llamaría al mago al centro del salón y, delante de los cortesanos, le preguntaría si era cierto que sabía leer el futuro. El invitado tendría dos posibilidades: decir que no, defraudando así la admiración de los demás, o decir que sí, confirmando el motivo de su fama. El rey estaba seguro de que escogería la segunda posibilidad. Entonces le pediría que le dijera la fecha en la que el mago del reino iba a morir. Éste daría una respuesta, un día cualquiera, no importaba cuál. En ese mismo momento planeaba el rey sacar su espada y matarlo. Conseguiría con esto dos cosas de un solo golpe: la primera, deshacerse de su enemigo para siempre, la segunda, demostrar que el mago no había podido adelantarse al futuro, ya que se había equivocado en su predicción. Se acabaría, en una sola noche, el mago y el mito de sus poderes.

Los preparativos se iniciaron enseguida. Muy pronto, el día del festejo, llegó. Después de la gran cena el rey hizo pasar al mago al centro y, ante el silencio de todos, le preguntó:

- ¿Es cierto que puedes leer el futuro?
- Un poco –dijo el mago–.
- ¿Y puedes leer tu propio futuro? –preguntó el rey.
- Un poco –dijo el mago–.
- Entonces quiero que me des una prueba –dijo el rey–. ¿Qué día morirás? ¿Cuál es la fecha de tu muerte?

El mago se sonrió, le miró a los ojos, y no contestó.

- Qué pasa, mago –dijo el rey sonriente–. ¿No lo sabes? ¿No es cierto que puedes ver el futuro?
- No es eso –dijo el mago–. Pero lo que sé no me animo a decírtelo.
- ¿Cómo que no te animas? –dijo el rey–. Yo soy tu soberano y te ordeno que me lo digas. Debes darte cuenta de que es muy importante para el reino saber cuando perderemos a sus personajes más eminentes. ¡Contésteme pues! ¡Cuándo morirá el mago del reino!

Tras un tenso silencio el mago le miró y dijo:

- No puedo precisarte la fecha, pero sé que el mago morirá exactamente un día antes que el rey.

Durante unos instantes el tiempo se congeló. Un murmullo corrió entre los invitados. El rey siempre había dicho que no creía en los magos ni en las adivinaciones, pero lo cierto es que no se animó a matar al mago. Lentamente, el soberano bajó los brazos y se quedó en silencio. Los pensamientos se agolpaban en su cabeza. Se dio cuenta de que se había equivocado. Su odio había sido el peor consejero.

- Alteza, te has puesto pálido. ¿Que te sucede? –preguntó el invitado–.
- Me siento mal –contestó el monarca–. Voy a ir a mi cuarto. Te agradezco que hayas venido.

Y con un gesto confuso se volvió en silencio encaminándose hacia sus habitaciones. El mago era astuto. Había dado la única respuesta que evitaría su muerte. ¿Habría leído su mente? La predicción no podía ser cierta, pero ¿y si lo fuera? Estaba aturdido. Se le ocurrió que sería trágico que le pasara algo al mago camino de su casa. El rey volvió sobre sus pasos y dijo:

- Mago, eres famoso en el reino por tu sabiduría. Te ruego que pases esta noche en el palacio. Debo consultarte por la mañana sobre algunas decisiones reales.
- Majestad, será un gran honor –dijo el invitado con una reverencia–.

El rey dio órdenes a sus guardias personales para que acompañaran al mago hasta las habitaciones de huéspedes en el palacio y para que custodiasen su puerta, asegurándose de que nada pasara. Esa noche el soberano no pudo conciliar el sueño. Estuvo muy inquieto pensando qué pasaría si al mago le hubiera sentado mal la comida, o si se hubiera hecho daño accidentalmente durante la noche, o si simplemente le hubiese llegado su hora.



Muy temprano, por la mañana, el rey volvió a las habitaciones de su invitado. Él nunca en su vida había pensado en consultar ninguna de sus decisiones. Pero esta vez, en cuanto el mago le recibió, hizo la pregunta. Necesitaba una excusa, y el mago, que era un sabio, le dio una respuesta correcta, creativa y justa. El rey, casi sin escuchar la respuesta, alabó a su huésped por su inteligencia y le pidió que se quedara un día más, supuestamente para consultarle otro asunto. Obviamente el rey sólo quería asegurarse que nada le pasara. El mago, que gozaba de la libertad que sólo conquistan los iluminados, aceptó. Desde entonces, todos los días por la mañana o por la tarde, el rey iba hasta las habitaciones del mago para consultarle, y le comprometía para una nueva consulta al día siguiente. No pasó mucho tiempo antes de que el rey se diera cuenta de que los consejos de su nuevo asesor eran siempre acertados y terminara casi sin notarlo teniéndolos en cuenta en cada una de sus decisiones.

Y pasaron los meses y luego los años, y como siempre, estar cerca del que sabe vuelve al que no sabe más sabio. Así fue. El rey, poco a poco, se fue volviendo más y más justo. Ya no era despótico ni autoritario. Dejó de necesitar sentirse poderoso, y seguramente por ello dejó de necesitar demostrar su poder. Empezó a aprender que la humildad también podía ser ventajosa. Empezó a reinar de manera más sabia y bondadosa. Y sucedió que su pueblo empezó a quererle como nunca le había querido antes.

El rey ya no iba a ver al mago investigando por su salud. Iba realmente para aprender, para compartir una decisión, o simplemente para charlar, porque el rey y el mago habían llegado a ser excelentes amigos.

Un día, a más de cuatro años de aquella escena, y sin motivo, el rey recordó. Recordó aquel plan que alguna vez urdió para matar a éste, su entonces más odiado enemigo. Y se dio cuenta de que no podía seguir manteniendo este secreto sin sentirse un hipócrita. El rey se armó de valor y fue hasta la habitación del mago, llamó a la puerta, y apenas entró le dijo:

- Hermano, tengo algo para contarte que me oprime en el pecho.
- Dime –dijo el mago-. Alivia tu corazón.
- Aquella noche, cuando te invité a cenar y te pregunté sobre tu muerte, yo no quería en realidad saber sobre tu futuro. Planeaba matarte, y frente a cualquier cosa que me dijeras, porque quería que tu muerte inesperada desmitificara para siempre tu fama de adivino. Te odiaba porque todos te amaban. ¡Estoy tan avergonzado! Aquella noche no me animé a matarte, y ahora que somos amigos, y más que amigos hermanos, me aterra pensar lo que hubiera perdido si lo hubiera hecho –el rey bajó la cabeza- Hoy he sentido que no puedo seguir ocultándote mi infamia. Necesitaba decirte todo esto para que tu me perdones o me desprecies, pero sin ocultamientos.

El mago le miró, y le dijo:

- Has tardado mucho tiempo en poder decirme esto, pero de todas maneras me alegra que lo hayas hecho. Porque esto es lo único que me permitirá decirte que ya lo sabía. Cuando me hiciste la pregunta y bajaste tu mano sobre el puño de tu espada fue tan clara tu intención que no hacía falta ser adivino para darse cuenta de lo que pensabas hacer.

El mago sonrió y puso su mano en el hombro del rey.

- Como justo pago a tu sinceridad debo decirte que yo también te mentí. Te confieso hoy que inventé esa absurda historia de mi muerte antes de la tuya para darte una lección. Una lección que hoy mismo estás en condiciones de aprender. Quizás la cosa más importante que yo te haya enseñado nunca. Vamos por el mundo odiando y rechazando aspectos de los otros, y hasta de nosotros mismos, que creemos despreciables, amenazantes o inútiles, y sin embargo, si nos damos tiempo, terminaremos dándonos cuenta de lo mucho que nos costaría vivir sin aquellas cosas que en un momento rechazamos. Tu muerte, querido amigo, llegará justo, justo el día de tu muerte, y ni un minuto antes. Es importante que sepas que yo estoy viejo, y que mi día seguramente se acerca. No hay ninguna razón para pensar que tu partida deba estar atada a la mía. Son nuestras vidas las que se han ligado, y no nuestras muertes.

El rey y el mago se abrazaron, y festejaron brindando por la confianza que cada uno sentía en esta relación que habían sabido construir juntos. Cuenta la leyenda que misteriosamente, esa misma noche, el mago murió durante el sueño. El rey se enteró de la mala noticia al día siguiente y se sintió desolado. No estaba angustiado por la idea de su propia muerte. Había aprendido del mago a desapegarse hasta de su permanencia en el mundo. Estaba triste simplemente por la muerte de su amigo. Qué coincidencia extraña había hecho que el rey pudiera contarle esto al mago justo la noche anterior a su muerte. Tal vez, de alguna manera desconocida, el mago había hecho que él pudiera decirle esto para evitarle su fantasía de morirse un día después. Un último acto de amor para librarle de sus temores de otros tiempos.

Cuentan que el rey se levantó, y que con sus propias manos, cabó en el jardín, bajo su ventana, una tumba para su amigo el mago. Enterró allí su cuerpo, y el resto del día se quedó al lado del montículo de tierra, llorando como se llora ante la pérdida de los seres más queridos. Y recién entrada la noche el rey volvió a su habitación. Cuenta la leyenda que esa misma noche, veinticuatro horas después de la muerte del mago, el rey murió en su lecho mientras dormía. Quizás por casualidad, quizás de dolor, quizás para confirmar la última enseñanza del maestro.